

COOPERACIÓN PARA LA IGUALDAD

Un compromiso vigente



COOPERACIÓN

Mujeres y violencia en El Salvador El legado de una guerra para tiempos de paz insegura

enero 2014



"Ausencia" es la palabra que mejor expresa cómo participaron las mujeres en la transición pactada de la guerra a la paz en El Salvador. Por eso, cuando las organizaciones de mujeres tuvieron que reflejar cómo habían tomado parte en los Acuerdos de Paz firmados entre el FMLN y el Gobierno en enero de 1992, no se les ocurrió mejor imagen que una página en blanco publicada en un periódico nacional.

Las pocas mujeres dirigentes -Lorena Peña, Ana Guadalupe, Nidia Díaz- que habían integrado los espacios donde se decidió cómo y cuándo terminar la guerra, no pudieron evitar que los Acuerdos de Paz fueran un "pacto entre caballeros": escritos totalmente en masculino, los acuerdos no contenían ninguna referencia a las mujeres, a pesar de que estas representaban el 30% de los casi 14 mil guerrilleros desmovilizados y más del 60% de la población civil que apoyó al FMLN durante 12 años de guerra civil.

La ausencia de las mujeres fue tan notable que sólo pudo explicarse echando mano de las ideas más conservadoras y machistas sobre las mujeres, sobre sus actuaciones y sus intereses supuestamente siempre determinados por el cuidado a los demás y la abnegación. Así por ejemplo, la ausencia de las reivindicaciones de las mujeres en la letra y el espíritu de los Acuerdos de Paz, se justificó argumentando que las mujeres siempre necesitan lo mismo que su familia, su comunidad o su grupo étnico, y por tanto no necesitaban ser mencionadas. Cuando las feministas cuestionaron la invisibilización de los aportes de las mujeres en la búsqueda de sus familiares desaparecidos o reclamando el respeto a los derechos humanos y la democracia, la dirigencia del FMLN afirmó que ninguna mujer era merecedora de sentarse en la mesa de negociaciones de paz, tan solo por haber liderado esas luchas tan “propias de mujeres” en América Latina.

En la misma tónica, el programa de transferencia de tierras incluido en los Acuerdos de Paz, excluyó a las campesinas casadas o unidas con el argumento de que fueron los campesinos hombres quienes habían ocupado y trabajado las tierras durante la guerra, en su calidad de jefes de familia. Las 3.285 guerrilleras del FMLN desmovilizadas, de las cuales el 80% tenía hijos menores de 12 años, y el 30% eran jefas de hogar, no encontraron respuestas a sus necesidades en los planes de reinserción pactados.

Una investigación realizada en 1995 por la Fundación 16 de Enero, concluía que la absoluta mayoría de las exguerrilleras se había reinsertado en el hogar, no había recibido tierras, ni becas, ni capacitación ocupacional.

Las pocas que tuvieron acceso a formación se prepararon en labores tradicionalmente femeninas y terminaron engrosando las filas del sector informal.



Las organizaciones de mujeres estuvieron ausentes en el diseño de las políticas de reconstrucción, y su contribución a los esfuerzos de reconciliación familiar y social, no recibieron ningún apoyo por parte del Estado, entre otras razones porque se suponía que tales esfuerzos forman parte de las funciones naturales que realizan las mujeres en sus vidas cotidianas y por ende, no son merecedoras de reconocimiento alguno. En el balance oficial de pérdidas durante el conflicto, tampoco fueron reconocidos los “dolores invisibles” de la guerra: los destrozos emocionales, la violencia sexual sufrida por las mujeres, las maternidades rotas...

Esta ausencia de los intereses de las mujeres y sus organizaciones en el diseño de la paz, explica la apatía y el desaliento que muchas ex - colaboradoras del FMLN expresaron durante los años posteriores a la guerra, por ejemplo cuando se abstuvieron masivamente de votar en las llamadas “elecciones del siglo” en 1994, porque si la paz, un bien anhelado después de tantos años de destrucción, no era capaz de recoger sus aspiraciones y necesidades, ¿qué quedaba por hacer?, ¿hacia dónde mirar?.



Nunca se combatió a fondo la cultura de la violencia ni la impunidad

La ausencia de las mujeres no sólo tuvo efectos negativos para las propias mujeres, también los tuvo para el conjunto de la población. Los Acuerdos de Paz no cuestionaron las relaciones de dominación de los hombres hacia las mujeres y, al no hacerlo, dejaron de lado un elemento que está en la base de la cultura violenta y autoritaria que caracteriza las relaciones sociales en El Salvador.

Durante la etapa de la reconstrucción postconflicto nunca se abordó con seriedad la tarea de desactivar los comportamientos característicos de una “cultura de guerra”: la incapacidad para dialogar con el adversario, la predisposición hacia la obediencia, la dicotomía simple entre buenos y malos, la estigmatización y el rechazo hacia quienes piensan diferente o disiente de alguna orientación; las formas violentas de resolver los conflictos -tan propias de la masculinidad hegemónica...

Estos aprendizajes permanecieron inalterados porque no fueron contrarrestados de manera consciente, convirtiéndose en un obstáculo para la construcción de una paz positiva que siente las bases para una convivencia respetuosa y democrática... más aún cuando más de 450 mil armas están aún en manos de personas civiles en El Salvador.

Al igual que en otros países de la región, el conflicto armado salvadoreño dejó como herencia a las generaciones posteriores una cultura marcada por valores patriarcales y misóginos, que impregna a toda la sociedad salvadoreña y se refleja en políticas de Estado que propician la impunidad, tanto de quienes cometieron graves violaciones a los Derechos Humanos durante la guerra (Ley de Amnistía) como de los hombres particulares que ejercen toda clase de violencia contra las mujeres.

Como expresaba una feminista salvadoreña en el 2010, “aunque en su base hay un componente cultural de legitimación de la violencia contra las mujeres, esta encuentra mayor cabida cuando hay impunidad, cuando no se ven claros los mecanismos para la persecución del delito”.



Dos décadas después de firmados los Acuerdos de Paz y tras casi cinco años de gobierno del FMLN, El Salvador es uno de los países más violentos, peligrosos e inseguros del mundo. En 2011 la sociedad salvadoreña sufría una tasa de asesinatos de 71 por cada 100 mil habitantes; la violencia delictual ejercida por decenas de miles de jóvenes organizados en “maras”, se articula de manera perversa con la violencia del crimen organizado, las redes del narcotráfico y el tráfico de armas; la violencia del Estado adopta la forma de patrullas militares recorriendo caminos y comunidades, supuestamente para velar por la seguridad ciudadana; y la tasa de feminicidios era la más elevada del planeta: 628 mujeres asesinadas, es decir, una cada 13 horas.

Algunos analistas sostienen que estas nuevas formas de violencia social se han instalado en la sociedad salvadoreña “como un modo de estar en sociedad”, volviéndose difusas y generando un clima social de inseguridad y miedo, frente a la percepción de un entorno violento en la comunidad de residencia. Estas nuevas formas de violencia que se expresan en diversos ámbitos y sobre todo en territorios urbanos, tienen entre sus principales víctimas a las mujeres, como lo prueban los datos actuales del Instituto de Medicina Legal: el 85% de las agresiones sexuales denunciadas son sufridas por niñas de entre 10 y 14 años; el 38% de ellas son cometidas por un familiar y el 36% por personas conocidas.

A pesar de la entrada en vigencia de la Ley Especial Integral para una Vida Libre de Violencia en enero del 2012, y de las declaraciones del actual presidente de la República quien prometió aplicar “cero tolerancia” a cualquier forma de violencia contra las mujeres, los datos indican todo lo contrario. La violencia contra las mujeres sigue estando dos puntos por encima de lo que los estándares internacionales consideran pandemia social: 12 mujeres asesinadas por cada 100 mil. Los feminicidios cometidos se producen con tremendas dosis de saña: de los 477 registrados de enero a octubre de 2010, 74 eran menores de 17 años de edad, 13 de las mujeres asesinadas fueron torturadas, 14 calcinadas y 8 decapitadas.

Las organizaciones feministas salvadoreñas despliegan ingentes esfuerzos para denunciar la violencia contra las mujeres, un fenómeno poco visible “debido a que es considerada normal por una cultura patriarcal que permite y autoriza a los hombres a hacer lo que ellos quieran. Se ve normal que un hombre grite y maltrate a su mujer, toque y viole a una niña o adolescente, o mate por celos a su pareja”. Una cultura de violencia e impunidad que la guerra agravó, los Acuerdos de Paz no tomaron en consideración, la reconstrucción postconflicto no combatió efectivamente... y que ha dado lugar a una paz insegura, donde las mujeres viven con temor tanto de salir a la calle, como de permanecer en las casas.



COOPERACCIO

Este es un boletín producido por el Programa Feminista La Corriente y Cooperaccio.
Para mayor información visite www.lacorrientenicaragua.org o <http://www.cooperaccio.org/>
<http://cooperaccio.org/plataforma/>

en facebook: [/programafeminista.lacorriente](https://www.facebook.com/programafeminista.lacorriente) /cooperaccio

twitter: [@lacorrientenica](https://twitter.com/lacorrientenica) @Cooperaccio

Con el apoyo de:

